

Enconces el Castellano  
Le dice a hablar. No temas  
Que quien con honor se porta  
Es justo que honores tenga  
Como un valiente has luchado  
El valor siempre se premia  
Y de nosotros no espere  
Ni vituperios ni ofensas  
Luego del rey se despiden  
Que lo ordena bien ordena  
Le repite sus palabras  
Sus promesas se renuevan  
Y tanas fueron por cierto  
Tan seductoras promesas  
¡Ojalá que las callara!  
¡Ojalá que las hiciera!

Y de los reyes de Y  
Viendo un mal en el mundo  
Arma quitar a los reyes  
Que es para el mundo  
Algunos  
Con mano  
Del vencedor

Los vencedores rivales  
El tiempo en buscarse pierden  
Y en inasistible cobardía  
Escudriñan cuando pueden  
En donde están las riquezas  
Que sorprender tantas veces  
Sofaron en los palacios  
De aquel fabuloso oriente  
Murmuran los espías  
Y murmuran de su gente  
Que a Chantremontin no colliga  
A que declina o revele  
En donde guarda la guerra  
**EL TORMENTO.**  
Dónde sepultados tiene  
Los pedregosos tesoros  
Que apilaron tantos reyes

¡No hay botín! la soldadesca  
Con la victoria, no obtiene  
El tan anhelado fruto  
Después de tantos reveses.  
Entre escombros y ceniza  
Tenuchtitlan desaparece  
Y su asombrosa opulencia  
En el misterio se envuelve.



Los vencedores altivos  
El tiempo en buscarla pierden,  
Y en insaciable codicia  
Escudriñan cuanto pueden.

¿En dónde están las riquezas  
Que sorprender tantas veces  
Soñaron en los palacios  
De aquel fabuloso oriente?

Murmuran los españoles,  
Y murmuran de su gefe,  
Que á Cuauthemotzin no obliga  
A que declare ó revele

En dónde guarda la tierra,  
Dónde sepultados tiene  
Los podigiosos tesoros  
Que apilaron tantos reyes.

Cortés las quejas escucha  
De sus tropas, mas previene  
Que no se ultraje al monarca,  
Y se le estime y respete;

Hasta que á su oído llegan  
Viles rumores que ofenden  
A su honor, y su decoro  
En lo mas sensible hieren.

Entonces, y en mala hora,  
Para ese honor que pretende  
Guardar limpio, á las hablillas  
De la muchedumbre cede;

Y entregar al rey dispone  
A la caterva insolente,  
Sedienta de oro, y hechura  
Del tesorero Alderete;

Ser que de avaros instintos,  
Más que ninguno, sostiene  
La depravada avaricia  
De aquella hidrópica gente,

Que del monarca ya dueña,  
Para que al mundo confiese  
Dónde sus tesoros guarda,  
Darle tortura resuelve;



Ya las gasas nocturnales  
 Sobre los mundos se tienden  
 A la postrer llamarada  
 Del incendio de Occidente.  
 El arcángel de la noche  
 Los célicos cirios prende  
 Las flores abren su cáliz,  
 Las auras en ellos duermen.  
 Su viaje postrer las aves  
 De las montañas emprenden,  
 Llevando su óbolo último,  
 Al débil nido que tejieron.  
 Mansa la niebla y tranquila  
 Sobre los llanos descende,  
 Y plegan las mariposas  
 Lánguidas las alas leves.  
 Todo convida al reposo  
 En aquella hora solemne,  
 Todo es tierno, todo es dulce,  
 Todo es tristemente alegre.  
 Empero en esos instantes  
 De misterioso deleite,  
 Entre las sombras un crimen  
 Se prepara lentamente.

En una estancia pequeña,  
 A la luz mísera y tenue  
 De un viejo candil mohoso,  
 Que de un bajo techo pende;  
 Con el fúnebre aparato  
 Que el caso horrible requiere,  
 Se ha preparado el tormento  
 Que el noble rey sufrir debe.  
 Ante una mesa cubierta  
 De un encarnado tapete,  
 Con duro ademán siniestro  
 Están sentados tres jueces;  
 Enhiesto y enmascarado  
 Se mira de ellos enfrente  
 Un verdugo, aunque verdugos  
 Eran todos los presentes.  
 Y al través de las rendijas  
 De una estera que mantiene  
 La puerta oculta, y á un patio  
 Da según lo que parece,



Pues de vez en cuando el aire  
 A bocanadas la mueve,  
 De una hoguera gigantesca  
 Se mira el fulgor perenne,  
 Y de espadas y rodelas,  
 Cascos, corazas, broqueles  
 Y lanzas, se ven por último,  
 Tapizadas las paredes.

Dos enlutados sayones  
 Conducen al rey en breve,  
 Al cual sigue un tlaxcalteca  
 Que ha de servirles de intérprete.

A interrogarle comienzan  
 Y sorprenderlo pretenden,  
 Y de cuanto le pregunten  
 Le intiman que nada niegue.

Pero el famoso caudillo,  
 Que no temió ni á la muerte,  
 En el silencio se obstina,  
 Como si de mármol fuese,

Y rabiosas y cansadas  
 Aquellas furias crueles,  
 De la enérgica entereza  
 De su víctima inocente,  
 Se apoderan de ella al punto,  
 Con vil alma y faz alegre,  
 Entrambas manos le fijan  
 A la espalda fuertemente;  
 Y sujetándole á un potro  
 Con vigorosos cordeles,  
 Los desnudos piés le bañan  
 Con resina y con aceite;  
 Y bajo de ellos, muy cerca,  
 Un vivo fuego sostienen,  
 Para que en duro martirio  
 Se calcinen lentamente.

El cacique del Tlacopán,  
 A quien le cabe igual suerte,  
 Se torna á su rey, y en ayes  
 Su dolor le hace presente.



Cuauthemotzin, que sin calma  
 Le escucha, el semblante yuelve  
 Hacia él, y con duras frases,  
 Indignado, lo reprende:

« ¿ Piensas que estoy en un baño  
 O entregado á algun deleite? »  
 Le dice, y su labio frio  
 Como en antes enmudece.

¡ Ni una queja, ni un sollozo  
 De aquel pecho se desprende,  
 Ni un músculo se contrae  
 En aquel rostro de nieve!

Llega á Cortés la noticia  
 De la obstinacion del héroe,  
 Su valor extraordinario  
 Estima en lo que merece;

Y reflexionando, acaso,  
 En lo que al honor se debe,  
 Con órdenes terminantés  
 Manda que el tormento cese.

El poderoso mandato  
 Los tiranos obedecen,  
 Mal de su grado; y al punto  
 La tortura se suspende.

